

El palomar a oscuras

por

Luis Alberto Heiremans

Drama en tres actos

PERSONAJES

CONSTANZA, 24 años.

JOSÉ , 28 años.

SERGIO , 20 años.

JOAQUÍN , 40 años.

MELANIA, 55 años.

ANTONIA, 22 años.

La acción transcurre en un fundo, a unos 200 kilómetros de Santiago.

PRIMER ACTO

El salón de una casa de campo.

Al descorrerse las cortinas, la escena está vacía. Después de algunos segundos, se escuchan unos tiros.

VOZ DE CONSTANZA: ¿Qué es eso?

ANTONIA (*Apareciendo*): No sé, señora. Disparos parecen que fueron ...

CONSTANZA (*Apareciendo*): ¿Disparos? ¿Adónde?

ANTONIA: No sé, para el lado del parque diría yo.

CONSTANZA: Anda a ver.

ANTONIA: Sola no me atrevo.

MELANIA (*Entra corriendo*): No se asuste, señora ... Es el Joaquín que le anda disparando a una paloma.

CONSTANZA: ¿Joaquín?

MELANIA: Sí, allá anda, cerca del palomar.

CONSTANZA: Dile que venga.

(Melania sale y se escucha su voz llamando a lo lejos: "Joa... Joaco... la señora te llama...").

CONSTANZA: Siempre me ha parecido que ese palomar estaba vacío.

ANTONIA: Así es no más.

CONSTANZA: ¿Y cómo Melania dijo que Joaquín le estaba disparando a una paloma?

ANTONIA: Alguna que ha vuelto.

CONSTANZA: ¿Qué ha vuelto? ¿De dónde?

ANTONIA: De quizás dónde, señora. ¿No ve que don Sergio las mató a todas?

CONSTANZA: ¿Don Sergio?

ANTONIA: Claro. El y el Joaco se escondieron entre las ramas de la encina y apenas se acercaba una... ¡Le disparaba!

CONSTANZA: ¿Cuándo fue eso?

ANTONIA: Antes que se lo llevaran a la clínica, como un año antes.

CONSTANZA: ¿Y don José lo supo?

ANTONIA: Cómo no lo iba a saber si el suelo amaneció sembrado.

CONSTANZA: ¿Y no le dijo nada?

ANTONIA: ¿Cuándo le ha dicho algo don José a don Sergito? Le soporta todos sus caprichos. Si más parece hijo que hermano. Y en ese entonces le dejaba hacer todo lo que se le antojara. No ve que si no a don Sergito le daban esos ataques de nervios, se encerraba en su pieza, días a veces, sin hablar con nadie, sin probar bocado.

(Entra Melania y Joaquín. Este último trae una paloma con el pecho ensangrentado entre las manos).

MELANIA: Entra... que la señora quiere hablarte. ¡Entra de una vez!

JOAQUÍN: Me llamaba, señorita.

CONSTANZA: ¿Tú eras el que estaba disparando?

JOAQUÍN: Yo, señorita *(Esconde la paloma tras él)*.

CONSTANZA: ¿Qué es eso?

JOAQUÍN: ¿Qué cosa?

CONSTANZA: Eso que escondiste.

JOAQUÍN: ¿Dónde?

CONSTANZA: ¡Muéstramelo! *(Joaquín lentamente muestra la paloma)*. ¿Tú la mataste?

JOAQUÍN: Yo, señorita.

CONSTANZA: ¿Por qué?

JOAQUÍN: Son órdenes del patrón.

CONSTANZA: ¿De don José?

JOAQUÍN: De don Sergito...

CONSTANZA: Don José es tu patrón.

JOAQUÍN: Y don Sergito también. Yo era el que le ensillaba el caballo desde niño y salía con él. Don Sergito es mi patrón. Y a él no le gustan las palomas. Y como hoy día llega...

CONSTANZA: Le voy a decir a don José que andas disparando sin su permiso.

JOAQUÍN: Permiso tengo, señorita.

CONSTANZA: ¿Quién te lo dio?

JOAQUÍN: El mismo don José. ¿No ve que le estoy preparando la pieza a don Sergito en el palomar? Y yo sé que a él no le gustan las palomas.

CONSTANZA: ¿Qué pieza?

ANTONIA: El palomar. Don Sergito pasaba el día allá antes que se lo llevaran. Había mandado los libros, los cuadros... A veces hasta se quedaba a dormir.

CONSTANZA: Pero ahora se va a alojar aquí en la casa. ¿Quién te dijo que preparararas el palomar?

JOAQUÍN: Don José. Ayer, antes de partir. Prepara el palomar, Joaco... Así fue que me dijo. Por si a don Sergio se le ocurre ir.

CONSTANZA (*A Antonia*): ¿A ti te dijo algo?

ANTONIA: Ni una palabra, señora.

CONSTANZA: ¿No ves? Llévate eso...

JOAQUÍN: Pero a mí don José me dijo...

CONSTANZA: Llévate eso y entiérralo en alguna parte. A ver... (*Súbitamente se acerca al hombre y coge la paloma entre las manos. La acaricia*). ¿Qué es esto que tiene en la pata?

MELANIA: Debe ser una de las palomas mensajeras.

CONSTANZA: ¿Qué cosa?

ANTONIA: Antes... antes que las matara, don Sergito tenía palomas mensajeras.

CONSTANZA: ¿Palomas mensajeras?

JOAQUÍN: Sí, de esas que se le amarra un papel en la pata y se echa a volar.

CONSTANZA: ¿Y a quién le mandaba mensajes?

JOAQUÍN: A nadie. Las echaba a volar no más. Entre los dos las echábamos a volar.

CONSTANZA: A ver... déjame ver (*Saca el papel y lo extiende*).

JOAQUÍN: Esta debe ser una de éstas. Ha vuelto después de todos estos años. Y yo que creía que les había disparado a todas...

CONSTANZA (*Leyendo*): Esta noche me siento muy solo (*Durante un segundo, permanece muda; pero luego reacciona*): Llévatela y entiérrala. (*Joaquín sale*).

MELANIA: Pobrecita... Me traje tantos recuerdos verla. Como esa mañana... Me acuerdo que yo me asomé a la ventana y le dije a la Antonia: Mira, Antonia, parece que hubiera florecido algo... cuando las descubrimos a todas con el pecho rojo de sangre. Me acuerdo...

ANTONIA (*Interrumpiendo*): Andate a la cocina. Hay mucho que hacer todavía.

MELANIA: Ya está todo cociéndose.

ANTONIA: Andate que ya no tardan en llegar.

(*Melania sale*).

CONSTANZA: Voy a terminar de arreglar la pieza. Súbeme las sábanas.

ANTONIA: Sí, señora.

CONSTANZA: Y esa lámpara que hay en el escritorio de don José.

ANTONIA: Sí, señora.

CONSTANZA: Es para el velador. Parece que a don Sergio le gusta leer de noche.

ANTONIA: Muy bien, señora.

CONSTANZA: Antonia...

ANTONIA: ¿Señora?

CONSTANZA: ¿Hace tiempo que tú conoces a don Sergio, no es cierto?

ANTONIA: Lo vi nacer, señora. Y yo misma lo crié. ¿No ve que la señora, que Dios tenga en su santa gloria, murió al darlo a luz?

CONSTANZA: ¿Cómo es don Sergio?

ANTONIA (*Se encoge de hombros*): Así...

CONSTANZA: José me ha hablado tan poco de él. ¿Hace tiempo que está enfermo?

ANTONIA: Estuvo enfermo, señora. ¿No ve que ahora lo traen de vuelta a la casa?

CONSTANZA: Sí, pero quiero decir... antes de que se lo llevaran a la clínica.

ANTONIA: Siempre fue muy nervioso. Desde niño. Yo siempre he dicho que nació marcado. La señora se murió cuando él abrió los ojos. Y el caballero al mes... No hubo más que funerales alrededor... ¡Cómo quieren que eso no lo haya afectado!

CONSTANZA: Y cuando se lo llevaron... a la clínica quiero decir, ¿qué es lo que había hecho?

ANTONIA: Nada. Lo mismo de siempre.

CONSTANZA: ¿Qué?

ANTONIA: Se había encerrado en el palomar.

CONSTANZA: Y don José...

ANTONIA: Don José había ido al pueblo. No volvió a comer... Parece que don Sergio pasó la noche esperándolo...

CONSTANZA: ¿Y cuando regresó, don Sergio ya estaba en el palomar?

ANTONIA: Ni siquiera contestó a los llamados. Don José se asustó entonces y mandó buscar al doctor.

CONSTANZA: ¿A cuál doctor?

ANTONIA: Uno que ha venido otras veces. Claro que cuando llegó don José había forzado ya la puerta.

CONSTANZA: La puerta del palomar.

ANTONIA: Sí, yo le ayudé. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la voz le temblaba. Cuando por fin la abrió, se abrazó a don Sergio como un loco.

(*A lo lejos se escucha el ruido de un automóvil que llega*).

CONSTANZA: Ahí parece que viene el auto de don José.

ANTONIA: Ellos tienen que ser.

CONSTANZA: Voy a subir a terminar de arreglar el cuarto.

(Rápidamente sube mientras se escucha el ruido del automóvil que se acerca. Melania cruza la escena a la carrera y junto con Antonia salen a recibir a los que llegan. Constanza queda sola, titubea, y en vez de ir a acoger a los que llegan, desaparece al interior de la casa. Se escuchan voces, gritos de bienvenida. Y por último, entran a la pieza don José y don Sergio, seguidos por los empleados que traen las maletas).

SERGIO *(Deteniéndose en el centro del cuarto)*: A ver, quédense todos callados... Nada, nada, nada se ha movido. El mismo cenicero en la misma mesa, la planta allá *(Cierra los ojos y se da vuelta)*. Y allá debe estar colgado el impermeable que nunca nadie se ha puesto *(Los abre)*. ¡Helo ahí! Es como ver al fondo de un acuario conocido, José. Al silencio de un acuario, donde los peces se entrechocan sin herirse, a un mundo callado, lento, seguro... ¡Estoy tan contento, José! Tan contento...

JOSÉ *(Un poco molesto)*: ¿Por qué no te sientas? Debes estar cansado después del viaje.

SERGIO: ¡Cansado! Podría bailar toda la noche, encender yo mismo las lámparas de parafina. ¿Hay todavía lámparas de parafina? Y colgarlas del techo, de las murallas, de todos los rincones... ¡Y bailar! Bailar... *(Enlaza a Antonia)*. ¿No es cierto, Toña? ¿No es cierto que podríamos bailar toda la noche? *(La mujer ríe, alcanza a decir: Este don Sergio...)*. ¡Organicemos una fiesta! ¿Quieres, José? Una fiesta grande, como cuando tú volviste de Santiago después de haberte recibido de ingeniero agrónomo... Te veo de pie en la puerta, con el título bajo el brazo, gritándome: Sergio, se terminaron los estudios. ¡Dile a Antonia que destape treinta y cuatro botellas de vino! Dile ahora, José, dile a Antonia que destape treinta y cuatro botellas de vino... *(Se coloca en la puerta e imita a su hermano)*. Eh, José, se terminaron las enfermedades. Dile a Antonia que destape treinta y cuatro botellas de vino...

JOSÉ: Lo mejor será que empieces por tomarte un trago. Anda, Antonia.

(Antonia obedece. Melania desaparece con las maletas. Los dos hermanos quedan solos).

SERGIO: Me siento tan bien, José. Y estoy tan contento de estar de vuelta.

JOSÉ: Tómalo con calma. Acuérdate que el doctor te recomendó tomar las cosas con calma.

SERGIO: ¿Qué no estoy bien acaso?

JOSÉ: Claro que sí.

SERGIO: ¿Entonces?

JOSÉ: Pero hay que tomar las cosas con calma.

SERGIO: Estoy contento, eso es todo. Contento de volver a la mía, a lo tuyo, a todo esto que es nuestro. Si supieras lo aburrido que es vivir

durante un año en una pieza de paredes blancas, con un catre blanco y una enfermera blanca, blanca, blanca... ¡Qué bueno poder hundir los ojos en todos estos rincones oscuros! Aquí donde estamos tanto nosotros dos, ¿no es cierto, José?

(*Entra Antonia con una bandeja con vasos y una botella.*)

ANTONIA: Aquí está, don José.

JOSÉ: Déjala en la mesa.

SERGIO: ¿Qué es lo que me trajiste vieja bruja? Apostaría que una de tus pócimas ¿ah? Se me van a caer los dientes, me voy a enamorar de lo primero que vea o voy a sentir un dolor tan, tan, tan fuerte en el corazón...

ANTONIA: No va a sentir ningún dolor, don Sergito. Esto es para curar todas las penas.

SERGIO: Las penas no se curan, Antonia. Se cubren, lo que es muy distinto.

ANTONIA (*Riendo*): ¡Este don Sergito!

JOSÉ (*Que se ha acercado a la mujer, en voz baja*): ¿Y dónde está la señora?

ANTONIA: Preparándole la pieza a don Sergito quedó.

JOSÉ: Dile que... No, no le digas nada.

SERGIO: ¿Qué es lo que están murmurando? ¿Algún secreto? ¿Alguna sorpresa que me tiene preparada? ¿Qué? ¿Qué?

JOSÉ: Nada. No seas tonto (*Antonia sale. José sirve dos vasos*): Toma.

SERGIO: ¿Por qué vamos a brindar, José?

JOSÉ: ¿A brindar?

SERGIO: Claro. Tenemos que brindar. Después de todo: el hijo pródigo vuelve al hogar. El cuadro que había en el palomar, ¿te acuerdas? El hijo de túnica desgarrada y sandalias, con la cabeza caída y la mirada baja. Y el padre abriendo los brazos como un dios, como un gran confesionario de caoba...

JOSÉ: A propósito de palomar, le dije a Joaquín que limpiara un poco, por si se te ocurría volver.

SERGIO: ¿Al palomar? Pero cómo se te ocurre, José Pepe. Es contigo con quien quiero estar. Lo más posible. Todo el día si es que se puede... Te juro que me levantaré al alba, con el canto del gallo, como tú, y me subiré al caballo y te acompañaré a inspeccionar los potreros, aunque no entienda una sola palabra, y hablaré de riegos y de rulos, de cosechas y de sacos. No, no quiero volver al palomar. Esos eran otros tiempos, José. Eso ya pasó.

JOSÉ: Me alegro.

SERGIO: ¿Porque estoy mejor, no es cierto?

JOSÉ: Claro que sí.

SERGIO: Y todo... eso, en fin, todo lo que me pasó... pasó, ¿no es cierto?

JOSÉ: Ya te dije que conversé largamente con el doctor y me dijo que estabas perfectamente bien.

SERGIO: ¡Qué bueno! Me he hecho tan mala sangre, José, pensando en todos los trastornos que te he dado, las molestias.

JOSÉ: No seas tonto, Sergio.

SERGIO: Sí, sí. Una razón más para estarte agradecido. Nunca imaginaste que ibas a tener que echarte sobre los hombros un hermano como éste, ¿no? ¡Pobre José Pepe! Soy la cruz que te tocó.

JOSÉ: Bien sabes que...

SERGIO (*Interrumpiendo*): ¡Tomaste!

JOSÉ: ¿Qué?

SERGIO: Tomaste antes de haber brindado.

JOSÉ: Perdóname, no me di cuenta.

SERGIO: Hay que deshacer el sorbo, si no va a traernos mala suerte.

JOSÉ: ¿Cómo?

SERGIO: Deshacer el sorbo. Fue algo que me enseñó un compañero que había allá...

JOSÉ: ¿Dónde?

SERGIO: En la clínica.

JOSÉ: ¿Qué te pasa?

SERGIO: Nada: ¿Por qué?

JOSÉ: No sé... De pronto te pusiste triste.

SERGIO: ¿Triste yo? ¡Cómo se te ocurre! Matías sé llamaba. Era ruso, polaco, eslavo en fin, alguien que habían hecho sufrir mucho y se le notaba en los ojos. Los tenía llenos de sombras, como si fuera a llorar en cualquier momento. Fue él que me enseñó a deshacer los sorbos, a beber al revés... ¡Mira! (*Le arranca el vaso de las manos*). Hay que dar vuelta el vaso, inclinarse sobre él y tomar como si uno estuviera al revés, quiero decir con los pies en el aire y la cabeza en la tierra...

JOSÉ: Déjate de niñerías, Sergio. Y brindemos así.

SERGIO: Como quieras.

JOSÉ: No te enojés.

SERGIO: ¡Cómo se te ocurre que voy a estar enojado! El primer día que te veo...

JOSÉ: ¿Cómo así? Si me veías todas las semanas.

SERGIO: El primer día que te veo estando libre.

JOSÉ: ¡Sergio! Ni que hubieras estado preso.

SERGIO: Era un poco la sensación que tenía, ¿sabes? En esa pieza blanca me sentía como esos presos de las novelas que leíamos cuando chicos, esos a quienes les mandaban una lima adentro de un pedazo de pan. Todos los días cuando entraba el dragón blanco con el almuerzo, partía el pan con cuidado por si tú, disfrazado de panadero, blanco de harina, no de limpieza hospitalaria, sino de harina, me habías mandado el instrumento de la liberación.

JOSÉ: ¿De cuál liberación?

SERGIO: De ésta. De sentirme libre. Contigo. Libre.

JOSÉ: Ya sabes que te fui a buscar apenas el doctor te autorizó para venirte.

SERGIO: Sí, lo sé. Y también sé que ibas a verme todas las semanas. No te estoy reprochando cosa alguna, José Pepe. Más bien tendría que reprocharme a mí mismo el ser así... no sé; tan... tan poco hallado en este planeta.

JOSÉ: Ahora las cosas van a cambiar. Antes vivías demasiado encerrado con todo... con... en fin, con lo que te pasaba. Ahora vas a cambiar.

SERGIO: ¿Tú crees?

JOSÉ: Antes cuando ibas a encerrarte en el palomar, yo no sabía qué hacer.

SERGIO: Eso se terminó.

JOSÉ: ¿No lo ves? Entonces todo va a cambiar.

SERGIO: ¿Tú lo crees? ¿Lo crees verdaderamente?

JOSÉ: Estoy seguro. Sobre todo si es cierto lo que me acabas de decirme con respecto al fundo. Si verdaderamente te interesas por saber cómo se administra y cómo... en fin, tú me comprendes. Nos podemos ocupar juntos, Sergio.

SERGIO: ¡Juntos sí! Eso es lo que quiero. Voy a aprender, José Pepe, te lo prometo, te lo juro...

JOSÉ: Y ahora brindemos (*Ríe*). Se nos puede enfriar el trago...

SERGIO: Sí. Brindo... (*y alza su copa en un gesto teatral*). Brindo para que ya no me sienta más sólo.

(*Beben en silencio. Y luego prosigue un instante en que ambos no hablan*).

JOSÉ: Sergio...

SERGIO: ¿Sí?

JOSÉ: Hay... algo que quiero decirte.

SERGIO: ¿Alguna buena noticia? Tiene que ser buena, José Pepe, porque hoy día me siento especialmente capacitado para oírlas.

JOSÉ: Bueno... no sé muy bien por donde comenzar...

SERGIO: Ya estás lleno de titubeos. A ver yo te voy a ayudar un poco.

JOSÉ: Es algo que a lo mejor va a sorprenderte.

SERGIO: ¡Sorprenderme entonces! Ah... tengo tantas ganas de ser sorprendido otra vez. Como cuando chico, cuando uno abría la puerta de una pieza esperando cada vez encontrar el milagro.

JOSÉ: ¿El milagro?

SERGIO: Lo distinto, José. Todo lo que cambia es milagroso. Si supieras lo aburrida que era la vida allá... lo monótona. Todas las cosas, todos los días a la misma hora. Con Matías inventábamos circunstancias, creábamos pequeños dramas ¿sabes? nada más que para entretenernos, para sorprendernos el uno al otro.

JOSÉ: Escúchame, Sergio. Lo que voy a decirte podrá parecerse un poco... bueno, no acierto a encontrar la palabra... absurdo supongo. Sí, eso es, un poco absurdo.

SERGIO: ¿Qué ha pasado?

JOSÉ: Nada, nada grave. No te intranquilices.

SERGIO: Dime, Dímelo al instante.

JOSÉ: Fue algo que pasó apenas tú te... fuiste.

SERGIO: ¿Cuándo me llevaron allá quieres decir?

JOSÉ: Sí.

SERGIO: ¿Qué pasó?

JOSÉ: Bueno, fue en el tren, al volver. Conocí a... a una muchacha. Constanza se llama.

SERGIO: ¿Y?

JOSÉ: Venía a visitar a unos parientes que viven en esta misma zona. Ella es de Santiago. Sus padres vivían allá. Separados. Ella pasó su niñez entre el uno y el otro.

SERGIO: ¿Y?

JOSÉ: Mientras estuvo acá nos seguimos viendo a menudo. Yo me sentía muy solo como tú comprenderás. Estaba preocupado, te sabía enfermo y lejos. Me sentía muy culpable por no poder dejar el fundo y estar a tu lado.

SERGIO: ¿Y?

JOSÉ: Pero no me lo digas así, Sergio.

SERGIO: ¿Qué no te diga qué?

JOSÉ: Que no me hables así. Como si estuvieras encerrándote. Igual que antes.

SERGIO: ¿Yo? No seas absurdo, José. Continúa.

JOSÉ: Bueno... al cabo de algunas semanas ella volvió a Santiago. Es estudiante, artista como tú. Estudia escultura. Y las clases recomenzaron. Yo fui varias veces a verla. Vivía sola. Sus amigos eran muy raros. Pajarracos algunos, gente que me hablaba de cosas que yo no comprendía, pero... me divertían. Y Constanza tenía... no sé, era llena de cosas delicadas. Me ayudaba.

SERGIO: ¿Estás tratando de decirme que te enamoraste? ¡Hermano! No sería la primera vez.

JOSÉ: No, no es eso, Sergio.

SERGIO: ¿Entonces qué?

JOSÉ: Bueno, sí, me enamoré. Pero mucho. Esta vez es en serio, Sergio, no como las otras y... y me casé.

SERGIO: ¿Cómo?

JOSÉ: Nos casamos hace tres meses. Constanza vive aquí ahora. Va a vivir con nosotros.

SERGIO: ¿Pero qué estás diciendo? ¿Te casaste? ¿Te casaste mientras yo estaba encerrado? ¿Te casaste y ni siquiera me lo dijiste?

JOSÉ: El médico me recomendó que no lo hiciera.

SERGIO: ¿El médico?

JOSÉ: Sí, lo conversé con él. Me dijo que no era indicado para tu tratamiento. Me explicó que no había que producirte emociones...

SERGIO: ¡Emociones! Pero te das cuenta lo que esto significa para mí.

JOSÉ: Comprendo, Sergio.

SERGIO: ¿No te das cuenta?

JOSÉ: La noticia tiene que sorprenderte. Dicha así, sin preparación. Pero, tú me conoces, Sergio, nunca he sabido hablar. Parece que en la familia tú fuiste quien se llevó toda la verba... Durante el viaje traté de adelantarte algo. No sé si te diste cuenta... Me pareció que no querías escucharme.

SERGIO: Cómo iba a imaginarlo...

JOSÉ: Pero no tienes para qué tomarlo así, Sergio. Debiera haberte avisado, lo sé. Pero esas eran las circunstancias.

SERGIO: ¿Y por qué no me lo dijo alguien? Qué sé yo... el doctor, alguien.

JOSÉ: El insistió para que fuese yo mismo quien te diera la noticia. Por eso traté de quedarme en Santiago un día más... para poder hablar, explicarte...

SERGIO: Y yo que soñaba con venirme lo más pronto posible. Para encontrar lo que era nuestro, contigo, de los dos. Para sentirme seguro nuevamente.

(Súbitamente esconde el rostro entre las manos y empieza a sollozar. José se detiene junto a él y no sabe qué hacer).

JOSÉ: Vamos, Sergio. No te pongas en ese estado... No seas niño... Aquí tengo esas píldoras que me dio el doctor. ¿No quieres tomar te una?

SERGIO: Bueno...

JOSÉ: Voy a llamar a Antonia para que traiga un vaso de agua.

SERGIO: No, deja... lo tomaré con el trago... Será como un especie de brindis... *(Toma la pastilla).*

JOSÉ: ¿Te sientes bien?

SERGIO: Sí.

JOSÉ: ¿No quieres ir a tu pieza a tenderte un rato antes de la comida?

SERGIO: ¿Y tu mujer? ¿Cómo es que se llama?

JOSÉ: Constanza.

SERGIO: Sí, Constanza. ¿Cuándo voy a conocer a Constanza?

JOSÉ: Luego. A la hora de la comida.

SERGIO: ¿Tú le diste orden que no apareciera hasta entonces?

JOSÉ: ¡Cómo se te ocurre! Es un poco tímida. No debe haberse atrevido a venir sin que yo la llamara.

SERGIO: Llena de delicadeza Constanza. Llena de timidez también...

JOSÉ: Sergio...

SERGIO: Perdóname. Voy a ir a mi pieza. ¿Es siempre la misma?

JOSÉ: Claro que sí.

SERGIO: Pensé que tal vez...

JOSÉ: ¿Qué?

SERGIO: Nada.

(Sergio sale. José enciende un cigarrillo y al ir a lanzar el fósforo por la ventana, descubre a Joaquín).

JOSÉ: ¿Qué estás haciendo ahí?

JOAQUÍN: Nada, patrón.

JOSÉ: ¿Y para qué estás al lado de la ventana entonces?

JOAQUÍN: Venía a entregarle la llave del palomar a don Sergio.

JOSÉ: Dámela a mí.

JOAQUÍN: Dejé todo listo, tal como antes.

JOSÉ: Don Sergio me dijo que no iba a ocuparlo por ahora.

JOAQUÍN: Y yo que lo dejé todo como a él le gusta.

JOSÉ: ¿Qué es lo que tienes en las manos?

JOAQUÍN: ¿Adónde?

JOSÉ: Déjame ver... *(Le arranca la paloma muerta de las manos):* Una paloma...

JOAQUÍN: Debe ser una de las que quedaron.

JOSÉ: ¿Dónde la encontraste?

JOAQUÍN: Esta tarde, poco antes de que ustedes llegaran, la derribé. Es una de las mensajeras.

JOSÉ: ¿Cómo lo sabes?

(Sin ser vista Constanza aparece).

JOAQUÍN: Porque tenía un papel amarrado en la pata. Quizás de cuándo.

JOSÉ: ¿Dónde está?

JOAQUÍN: La señora lo guardó.

JOSÉ: ¿La señora?

CONSTANZA: Sí, yo, José. Escuché unos tiros e hice venir a Joaquín.

JOSÉ: ¿Disparaste?

JOAQUÍN: Sí, patrón. Como usted me había dicho que alistara el palomar, y a don Sergio no le gustan las palomas...

JOSÉ: Está bien. Puedes irte.

(Joaquín sale).

CONSTANZA: ¿Qué significa todo esto?

JOSÉ: ¡Cosas de Joaquín! Tú sabes que no hay que tomarlo mucho en cuenta. Siempre ha tenido rarezas.

CONSTANZA: ¿Pero qué significa todo esto del palomar? ¿Qué significan esos disparos?

JOSÉ: Nada.

CONSTANZA: ¿Por qué no me habías contado?

JOSÉ: Son cosas que ya pasaron, Constanza. Lo mejor es no removerlas.

CONSTANZA: Como quieras. ¿Y Sergio?

JOSÉ: Está en su pieza. Estaba un poco cansado con el viaje. Le dije que te conocería a la hora de comida.

CONSTANZA: ¿Qué tal el viaje?

JOSÉ: Muy bien. Y tú ¿cómo has estado?

CONSTANZA: Bien.

(José se acerca a ella y la besa. Constanza se retira después de algunos segundos).

JOSÉ: ¿Qué te pasa?

CONSTANZA: Nada, nada. ¿Por qué?

JOSÉ: Me pareció que estabas nerviosa.

CONSTANZA: Fueron esos disparos.

JOSÉ: Sergio me dijo que tenía muchas ganas de conocerte. Pero estaba un poco cansado.

CONSTANZA: ¿Cuándo le diste la noticia?

JOSÉ: Durante el viaje. Él no quiso quedarse un día más en Santiago. Quiso venirse a Palomar sin tardanza. Supongo que te habrán dado mi mensaje.

CONSTANZA: Sí, mandaron un hombre a caballo a avisar del fundo de al lado. Aquí el teléfono sigue malo. ¿Y cómo reaccionó?

JOSÉ: ¿Quién?

CONSTANZA: Sergio. Con la noticia.

JOSÉ: Bueno, se sorprendió naturalmente. Es una persona muy sensible, Constanza, y vas a tener que acostumbrarte a él.

CONSTANZA: José...

JOSÉ: ¿Sí?

CONSTANZA: ¿Por qué me has hablado tan poco de tu hermano?

JOSÉ: ¿Poco?

CONSTANZA: Sí, apenas sé de él. Esta tarde, por ejemplo, toda esa historia del palomar...

JOSÉ: ¿Qué?

CONSTANZA: Antonia me estuvo contando cómo él y Joaquín se habían subido a los árboles para dispararle a las palomas que se acercaban.

JOSÉ: Cosas de niño... Yo lo reté naturalmente; pero ya estaban todas las palomas muertas y las que no, huyeron.

CONSTANZA: ¿Cómo no lo impediste?

JOSÉ: Porque... porque yo no estaba aquí.

CONSTANZA: ¿Y dónde estabas?

JOSÉ: Escúchame, Constanza, voy a decirte la verdad. No me gusta mentirte. La verdad es que estaba aquí, y más aún, escuché todos los disparos y vi caer una a una las palomas.

CONSTANZA: ¿Entonces?

JOSÉ: No pude impedirlo.

CONSTANZA: ¿Por qué?

JOSÉ: No pude.

CONSTANZA: Si has empezado a contarme la verdad, házlo hasta el fin

José: Bueno, pero voy a tener que contarte un secreto.

CONSTANZA: ¿Tuyo?

José: Sí. Pero prométeme que nunca me lo echarás en cara. ¿Prometido?
Bueno, lo cierto es que yo estaba dentro del palomar.

CONSTANZA: ¿Tú?

José: Sí. Es una historia un poco larga y bastante absurda. Pero supongo que ahora tendré que contártela. Ese palomar ¿ves tú? era el sitio donde Sergio y yo jugábamos cuando niños. En esa época mi tío administraba el fundo y nosotros pasábamos las vacaciones acá. El palomar era nuestra especie de fortaleza, de torreón... en fin, todas esas cosas que inventan los niños. Después yo me fui a estudiar a Santiago y cuando regresé era demasiado grande para jugar en el palomar.

CONSTANZA: ¿Y?

José: ¡Qué curioso! Dijiste eso en la misma forma que Sergio hace un rato.

CONSTANZA: Sigue.

José: Espera... lo cierto es que he llegado a la parte comprometedor de cuento y no sé cómo decírtelo... Bueno cuando yo volví a hacerme cargo del fundo, teníamos otros vecinos. Los Guzmán, una pareja joven con dos niños, que se aburrían tanto como yo. Ella sobre todo y naturalmente...

CONSTANZA: ¿Qué?

José: Bueno, sucedió lo que tenía que suceder.

CONSTANZA: Y se encontraban en el palomar supongo.

José: Sergio en esa época apenas iba y decidimos escogerlo como lugar de cita.

CONSTANZA: ¿Y ese día?

José: Fue una noche. Nos habíamos demorado más que de costumbre y de repente empezamos a oír disparos. Nos asomamos a la ventana y ahí vimos lo que pasaba... Una a una fueron cayendo las palomas que volaban a dormir. Y naturalmente que nosotros no nos atrevimos a salir. Comprenderás que no podía desenmascarar a Elisa.

CONSTANZA: ¿Elisa?

José: Elisa Guzmán, mi vecina.

CONSTANZA: Comprendo. ¿Y por qué lo hizo?

José: ¿Quién?

CONSTANZA: Sergio.

José: No sé... Al día siguiente cuando descubrimos las palomas debajo de los árboles, le pregunté y me dijo que le molestaban para su trabajo.

CONSTANZA: ¿Y tú le creíste?

José: No sé... (*Se encoge de hombros*). Preferí no ahondar el asunto.

CONSTANZA: ¿Por miedo a que él supiera?

José: ¿Qué cosa?

CONSTANZA: Lo de Elisa.

JOSÉ: ¿Tú crees que lo supo?

CONSTANZA: Es lo que te estoy preguntando.

JOSÉ: No sé... verdaderamente no lo sé. Por lo demás ya todo eso pasó.

Los Guzmán se fueron y las palomas no han vuelto al palomar.

(Sergio ha aparecido).

SERGIO: Buenas noches.

JOSÉ: ¡Sergio! Creí que estabas descansando en tu pieza.

SERGIO: Vine a conocer...

JOSÉ: Constanza, este es... Sergio...

CONSTANZA: ¿Cómo está?

(Al darse la mano, ambos permanecen durante algunos segundos inmóviles)

SERGIO: ¡Qué curioso! Usted me recuerda a alguien.

CONSTANZA: A usted mismo tal vez.

SERGIO: ¿A mí?

CONSTANZA: Antonia me lo dice a menudo. Dice que nos parecemos como dos gotas de agua.

JOSÉ: ¿Y saben que tiene razón? Nunca lo había pensado... pero ahora que los veo juntos...

SERGIO: Espero que me permitirá felicitarla. Digo, que no sea demasiado tarde para hacerlo. Me habría gustado...

JOSÉ *(Interrumpiendo)*: ¿Por qué no nos tomamos otro trago? ¿Nos va a buscar un poco de hielo, mi hijita?

SERGIO: Me habría gustado poderla felicitar en el momento oportuno.

JOSÉ: Anda a buscarnos un poco de hielo, Constanza. Y de paso pregunta si la comida está lista.

(Constanza sale. Hay un largo silencio. José está impaciente por conocer la reacción de Sergio que permanece callado).

JOSÉ: ¿Y? ¿No me dices nada?

SERGIO: ¿A propósito de qué?

JOSÉ: De Constanza. ¿Qué te ha parecido?

(Constanza vuelve a entrar).

CONSTANZA: Aquí está el hielo. ¿Usted quiere otro trago, Sergio?

SERGIO: No, gracias.

JOSÉ: ¡Creí que le pedías a Antonia treinta y cuatro botellas de vino!

SERGIO: Eso era antes.

JOSÉ: Yo creo que voy a tomar otro.

CONSTANZA *(Sirviéndoselo)*: Toma.

JOSÉ: Gracias.

CONSTANZA: ¿No está muy cansado con el viaje, no? La comida ya va estar lista.

SERGIO: No, no estoy cansado. Gracias.

CONSTANZA: José me había dicho que estaba reposando en su cuarto.

SERGIO: ¿Eso le dijo?

JOSÉ *(Interrumpiendo)*: Tienes que mostrarle tu trabajo a Sergio, Cons-

tanza. (*A Sergio*) Constanza esculpe y dice que acá en el fundo ha encontrado las mejores gredas . . . Claro que yo no entiendo lo que hace . . . (*Rie*). Pero estoy seguro que ustedes van a saber criticarse . . . (*A Constanza*). Porque como sabes, Constanza, mi hermano también es artista. Pinta.

SERGIO: Hace mucho tiempo que no pinto.

JOSÉ: Pero volverás a hacerlo. Aquí en el campo, con la tranquilidad . . . estoy seguro que volverás a hacerlo. Hasta podemos construir un taller para los dos . . . ¡Será el fundo más artístico de la región!

CONSTANZA: Siempre he pensado que ese palomar que hay al fondo del parque se podría transformar en un taller perfecto.

SERGIO: ¿Lo conoce?

CONSTANZA: Por fuera.

JOSÉ: No, Sergio me acaba de decir que no quiere volver a entrar . . . No, construiremos uno nuevo . . . con un gran ventanal, de madera habrá que hacerlo . . . Mañana mismo daré órdenes para que derriben algunos árboles y . . .

CONSTANZA: ¿No quiere volver a entrar al palomar?

JOSÉ: No, no quiere. Mañana mismo le daré orden a Joaquín para que saque todo lo que hay adentro. Fue ahí donde guardamos tus cuadros. Le diré que los traiga para acá . . .

SERGIO: No. No le digas nada.

JOSÉ: ¿Por qué?

SERGIO: Tal vez Constanza tenga razón. Tal vez debamos volver al palomar.

TELON

SEGUNDO ACTO

En el interior del palomar.

Joaquín y Sergio están en escena. Joaquín sostiene en su mano una jaula con una paloma.

SERGIO (*Tomando la jaula*) ¡Perfecto! ¡Esto es justo lo que necesitamos! Una paloma blanca, absolutamente blanca, para que puedas verla volar en la noche. ¿La verás, no es cierto? Como una línea que atraviesa el cielo. Súbitamente. ¿Me comprendes? Tú estarás ahí, de pie, aguardando, sin moverte, sin chistar, y de pronto la verás salir por la ventana, como si yo te mandara un mensaje. ¿Comprendes? como si estuviera llamándote y diciéndote: ¡Yal! ¡Ahor! (*Introduce su mano dentro de la jaula*). No, no te asustes, no voy a hacerte daño, nadie te va a matar esta vez . . . Y es toda blanca, ni la más mínima sombra, nada. La pureza absoluta, Joaco. Lo incontaminado. Lo único verdaderamente incólume. (*Saca la paloma de la jaula y la acaricia*). ¿De dónde la sacaste?

JOAQUÍN: Son cosas que yo consigo, don Sergito.

SERGIO: Para mí, ¿no es cierto? ¿Qué consigues para mí? (*El hombre no responde*). ¡Contesta! Que consigues para mí ¿verdad?

JOAQUÍN: Así es, don Sergito.

SERGIO: Y no lo olvidaré, Joaquín. (*Con voz súbitamente seria*). Las buenas acciones se premian. Y yo siempre te he premiado ¿no es cierto, Joaco? No puedes quejarte. Te he premiado... ¡Ah! Que poco expresado eres, Joaco. Te conozco desde chico, entonces me tenías las riendas del caballo para que me subiera, le ponías la montura ¿te acuerdas? Le frotabas el lomo a la Torcaza para que brillara como un espejo. "Mírese, don Sergito, mírese", me decías mostrando el anca con el dedo... Eso era todo lo que podías decir. Parece que no supieras más palabras. Parece que no pudieras expresar todo eso que se está revolviendo dentro de ti, como el mar, como el agua en una redoma... Ah, qué horrible debe ser sentir todo eso y no poder echarlo a volar con las palabras. Qué horrible... pero qué solución. Porque las personas hablan de repente. Hablan y uno las descubre. Se sabe. Hay cosas que uno intuía, que se sospechaban. Pero cuando las oyes, Joaquín, brota una luz que te ciega. Y ya no puedes dejar de pensar que... (*Vuelve a colocar la paloma dentro de la jaula*). Y ahora vas a escucharme con toda atención. ¿Me estás oyendo? (*Joaquín inclina la cabeza*). ¡Contesta, Joaco! Di por lo menos sí.

JOAQUÍN: Sí, don Sergito.

SERGIO: Eso está mejor. Escucha ahora... Vas a bajar, vas a salir al parque, vas a ir a buscar la carabina y vas a volver. ¿Comprendido?

JOAQUÍN: Sí, don Sergito.

SERGIO: Pero no vas a volver a entrar acá. Te vas a quedar allá abajo, junto a la encina... o más bien, vas a subirte a la encina, entre las ramas, ¿te acuerdas? como lo hacíamos antes cuando le disparábamos a las palomas.

JOAQUÍN: Pero don José no quiere que le dispare más.

SERGIO: Lo sé.

JOAQUÍN: Hace una semana, esa misma tarde que usted llegó, le disparé a una. Y el patrón se enojó.

SERGIO: Lo sé.

JOAQUÍN: Yo estaba limpiando acá arriba, cuando la vi aparecer. Era una de esas con un papel amarrado a la pata.

SERGIO: Lo sé, lo sé. Un papel que decía: Esta noche me siento muy solo. La señora Constanza me lo contó.

JOAQUÍN: Fue ella la que lo leyó.

SERGIO: Escúchame, Joaco. Pero escúchame con toda atención lo que voy a decirte. Cuando estés arriba de la encina, verás que esta ventana se abre ¿comprendes? y luego verás salir por ella una paloma blanca (*Señalando la jaula*). Esta. Y entonces, dispararás.

JOAQUÍN: Pero don José...

SERGIO: ¡Cállate! No le dispararás a la paloma. En el mismo momento verás que la puerta se abre y dispararás a la luz que sale de ahí.

JOAQUÍN: ¿A la luz?

SERGIO: Le harás puntería a la luz que sale de adentro y dispara... dispara una y dos veces.

JOAQUÍN: ¿Pero no me dijo que la paloma saldrá por la ventana?

SERGIO: Justamente. Tú dispararás hacia la puerta. Así don José no te dirá nada.

JOAQUÍN: ¿Nada?

SERGIO: Nada. Tú mismo verás cómo la paloma se vuela hacia... hacia el cielo supongo. La paloma blanca volando hacia el cielo.

JOAQUÍN: Pero aunque no la mate, don José se va a enojar. Me dijo que no disparara más.

SERGIO: Yo le diré que te dije lo contrario.

JOAQUÍN: Pero es que...

SERGIO: ¿Qué? ¿No me tienes confianza? ¿No te he defendido siempre?

JOAQUÍN: Sí, don Sergio, pero...

SERGIO (*Interrumpiendo*): Vas a hacer lo que te mando. Lo vas a hacer, porque yo te lo mando.

(*Durante un segundo los dos hombres se enfrentan. Por último el sirviente baja la mirada. En ese instante se escucha la voz de José que sube.*)

VOZ DE JOSÉ: Sergio... ¿estás allá arriba?

(*Sergio reacciona súbitamente. Esconde la jaula tras unas cortinas.*)

SERGIO: Sí... aquí estoy. (*A Joaquín*). Anda ahora y no se te olvide lo que te dije.

JOSÉ (*Apareciendo*): Ah... hacía años que no subía estas escaleras. Se me había olvidado que eran tan empinadas. ¿O será que yo me estoy poniendo viejo?

(*Joaquín sale.*)

SERGIO: ¿Y Constanza? Creí que era ella quien iba a venir.

JOSÉ: ¿Constanza?

SERGIO: Sí. Le dije que viniera a ver los cuadros.

JOSÉ: ¿Y a mí no me invitaste?

SERGIO: No pensé que te interesaría.

JOSÉ: ¡Estos artistas! Lo cierto es que iba a trabajar un poco en la contabilidad; pero preferí dejarla para mañana... No sé, esta noche no me siento con ganas de trabajar... ¿no me vas a decir que me quede?

SERGIO: Sí, por supuesto.

JOSÉ: Parece que no tuvieras ganas.

SERGIO: José...

JOSÉ: Sí, ya sé; ya sé. A ustedes los artistas les gusta estar solos. Constanza

es lo mismo. Nunca me muestra lo que hace. Ni me pide una opinión.
SERGIO: Tal vez tú nunca te hayas interesado lo suficiente para dársela.

JOSÉ: ¡Cómo se defienden el uno al otro! Creo que durante esta semana se han aliado contra mí.

SERGIO: ¿Te molesta?

JOSÉ: ¡Sergio! ¿Cómo había de molestarte? Era lo único que deseaba. Si supieras lo... lo preocupado que estuve, quiero decir... no sabía cómo ibas a reaccionar.

SERGIO: Ya lo ves: reaccioné muy bien.

JOSÉ: Así es. Y estoy muy contento. ¿Salieron a caminar juntos esta tarde?

SERGIO: No, hoy no.

JOSÉ. (*Camina un poco alrededor de la pieza*): ¡Ah! qué de recuerdos me traen todas estas cosas.

SERGIO: ¿No viste a Constanza?

JOSÉ: Creo que estaba en la cocina dándole algunas órdenes a Melania. ¿Te acuerdas, Sergio? ¿Te acuerdas todo lo que nos contábamos acá dentro, los secretos, los proyectos...?

SERGIO (*Interrumpiendo*): Ojalá no se demore mucho.

JOSÉ: ¿Quién?

SERGIO: Constanza. No quisiera acostarme muy tarde. Estoy un poco cansado.

JOSÉ: ¿No te sientes bien? Ayer cuando volviste de ese paseo con Constanza, te noté muy pálido.

SERGIO: Me siento muy bien. Estoy un poco cansado, eso es todo.

JOSÉ: Creo que el aire del campo te ha hecho bien. Yo le decía al doctor... en fin, allá ¿sabes? Le decía: Déjeme llevármelo, doctor. Estoy seguro que allá se restablecerá del todo.

SERGIO: Sí, el campo me ha hecho bien. Supongo que será el aire, la tranquilidad. Volver a las cosas que se conocen.

JOSÉ: Las cosas que se conocen... Eso es lo que he tratado de decir toda la noche.

SERGIO: ¿Decirle a quién?

JOSÉ: A mí mismo. ¿Cómo explicarte? Durante la comida... no sé qué me pasó... De repente me puse a pensar en el pasado, en las cosas de antes, las cosas que se conocen como tú acabas de decir y... no sé... no sé explicarlo...

SERGIO: ¿Quieres que te muestre los cuadros?

JOSÉ: Lo que siempre me ha impresionado contigo, Sergio, es esa facilidad para... para decir lo que sientes con palabras. Yo me paso horas tratando de buscar y... ¿tú me comprendes, no es cierto?

SERGIO: Sí.

JOSÉ: Y ahora, por ejemplo, desde la comida, y después cuando me senté en la oficina y traté de sumar y... pero no pude. Andaba buscando algo, cómo explicarlo quiero decir. Y de repente porque sí, sin ninguna

razón, tú dices: Las cosas que se conocen. ¡Y eso era todo lo que yo quería expresar!

SERGIO: Me alegro por una vez de ser útil.

JOSÉ: ¿Qué te pasa, Sergio?

SERGIO: Nada. ¿Por qué?

JOSÉ: ¿Por qué te siento tan... tirante esta noche? Como si no quisieras acercarte a mí.

SERGIO: ¿Acercarme a ti?

JOSÉ: Quiero decir, conversar.

SERGIO: ¿Sobre qué?

JOSÉ: ¿Qué sé yo? Antes conversábamos, ¿te acuerdas? Nos contábamos lo que nos pasaba, lo compartíamos todo.

SERGIO (*De pronto*): José...

JOSÉ: ¿Sí?

SERGIO: Nada. Te voy a mostrar los cuadros.

(*Va a un rincón donde se amontonan*).

JOSÉ: ¿Y no vas a esperar a Constanza?

SERGIO: A lo mejor se le ha olvidado.

JOSÉ: ¿Sabes algo?

SERGIO: ¿Qué?

JOSÉ: Me gustaría que se le hubiese olvidado.

SERGIO: ¿Por qué?

JOSÉ: No sé... tengo ganas de pasar un rato largo a solas contigo, como lo hacíamos antes.

SERGIO: ¿Y Constanza te molesta?

JOSÉ: ¡Sergio! Cómo puedes decir eso... ¿Molestarme? No, no es eso.

Quiero estar contigo, tranquilo, hablar de las cosas que se conocen.

Este lugar me trae... no sé, tantos recuerdos.

SERGIO: Yo lo pinté ¿sabes?

JOSÉ: ¿Qué cosa?

SERGIO: Esto. El palomar.

JOSÉ: ¿Ah, sí? Un cuadro. A ver, muéstramelo.

SERGIO: No uno sino muchos. Pinté centenares de cuadros del palomar, de esta pieza, de la escalera de caracol, de los baúles...

JOSÉ: A ver, muéstrame, muéstrame.

SERGIO: No los tengo aquí. Los pinté allá... donde estaba.

JOSÉ: ¿En la clínica?

SERGIO: Sí. Era lo único que pintaba. El... el doctor me hizo traer un caballete, unos lienzos. Dijo que sería bueno para la ¿cómo la llamaba? la terapéutica.

JOSÉ: ¿Y por qué nunca me los mostraste?

SERGIO: No sé.

JOSÉ: Pero todas las semanas, cuando iba, cómo es que nunca los vi.

SERGIO: Los escondía.

JOSÉ: ¿Por qué?

SERGIO: No creí que te interesaran.

JOSÉ: ¡Sergio!

SERGIO: No eran más que retratos del palomar. El palomar, el palomar y el palomar.

JOSÉ: Justamente. Las cosas que se conocen. ¿Cómo no me iba a gustar verlas, Sergio? Es... ¿cómo explicarte? Hace unos minutos, cuando te dije que tenía ganas de estar solo contigo, era porque... porque cuando los dos estamos solos, no hay necesidad de explicar las cosas... No hay que decir qué es qué, ni quién es quién... Uno dice... el palomar, por ejemplo... y de inmediato tú y yo comprendemos de cuál palomar se trata, qué es lo que sucedía ahí, cuando veníamos... en fin, todo. ¿Me comprendes?

SERGIO: Sí.

JOSÉ: No hay necesidad de explicar.

SERGIO: No, no hay necesidad.

JOSÉ: Pero con los demás. Incluso Constanza... hay que empezar por detallarle, por ubicar, por... en fin. Y no creo que nunca llegue a comprender lo que esto significa verdaderamente.

SERGIO: No. No creo.

JOSÉ: No es por falta de interés ¿sabes? Ni de cariño. Es... no sé. ¿No dices nada?

SERGIO: ¿Qué quieres que te diga? Siento lo mismo, eso es todo. Pienso que podría durar para siempre.

JOSÉ: Claro que sí.

SERGIO: No me entiendes. Pienso que podríamos quedarnos los dos... aquí... para siempre.

JOSÉ (*Riendo*): ¡En el palomar! Acuérdate que soy hombre casado.

SERGIO: Justamente. Bastaría que...

JOSÉ: ¿Qué?

SERGIO: Nada. No hagas caso de lo que te digo. Estoy... ido esta noche.
(*Hay un instante de silencio*).

JOSÉ: Como yo hace un rato... En el comedor, me... me fui. Tú sabes cuando pasa eso. Y me acordé, no sé por qué, de esa noche que peleamos.

SERGIO: ¿Cuándo?

JOSÉ: Esa noche que peleamos por la Torcaza ¿no te acuerdas?

SERGIO: No recuerdo haber peleado contigo.

JOSÉ: Es una manera de hablar... Sin embargo, esa vez fue cuando más cerca estuvimos... ¿No te acuerdas? Tú debes haber tenido doce años, o tal vez menos. El tío Alejandro todavía se ocupaba del fundo ¿no te acuerdas?

SERGIO: Hay muy pocas cosas que he olvidado, José. Casi nada.

JOSÉ: Fue a la hora de comida cuando empezamos a discutir. Tú decías que tú ibas a montarla, y yo que... La acababan de amansar, ¿te acuerdas de la Torcaza?

SERGIO: Hace un rato apenas. Tenía las ancas como espejos.

JOSÉ: Y de repente tú me acusaste de algo, no recuerdo de qué. Y el tío Alejandro se enojó. Todavía me acuerdo que se levantó de la mesa, golpeó con los puños y me prohibió que montara...

SERGIO: Te acusé de que andabas en el pajar con la hija del llavero.

JOSÉ: La hija del llavero... ¿Cómo te acuerdas de esas cosas? Y entonces me dio una rabia tremenda. Si hubiera podido lanzarte uno de los cuchillos lo habría hecho... Después de comida, desapareciste ¿no es cierto?

SERGIO: Sí.

JOSÉ: Te busqué por todas partes.

SERGIO: Estaba aquí.

JOSÉ: Sí, de repente se me ocurrió que te habías escondido en el palomar. Vine a buscarte ¿no es cierto? ¿Y qué pasó después?

SERGIO: Empezamos a pelearnos, a puñetes. Era la primera vez que lo hacíamos, la primera vez que yo había peleado a puñetes con nadie. Ni siquiera encendimos la lámpara, sino que en la pieza oscura empezamos a golpearlos, como si cumpliéramos algún rito.

JOSÉ: Tú estabas tan raro.

SERGIO: Me daba la impresión de que no era yo el que trataba de pegarte. Me daba la impresión de que yo estaba mirando a otras dos personas que se peleaban.

JOSÉ: Y tuve la impresión... ¡qué cosa más rara! Que dejabas que yo te pegara, que... ¿cómo explicarte? que no te defendías, que esperabas que yo te pegara. (Pausa). Creo que fue eso mismo lo que me hizo detenerme.

SERGIO: ¿Y después?

JOSÉ: ¿Después?

SERGIO: Después, sí. ¿No te acuerdas de lo que pasó después?

JOSÉ: Supongo que te habré pedido perdón.

SERGIO: Mejor aún. Nos sentamos en el suelo, ahí mismo donde nos habíamos estado pegando, y nos pusimos a conversar. Fue la noche que más hablamos. Fue la primera vez que me atreví a contarte de que sería pintor.

JOSÉ: ¿Qué te atreviste?

SERGIO: Antes siempre tenía miedo de que te rieras de mí.

JOSÉ: ¡Sí! Es verdad. Fue esa noche cuando me lo contaste. Ahora me acuerdo perfectamente. Estábamos ahí (indica un lugar en el suelo) y la ventana, abierta y... ¿no entró una paloma en ese momento?

SERGIO: Sí.

(Hay un silencio).

JOSÉ: Fue antes de que se te ocurriera matarlas. ¡Qué raro cómo las cosas vuelven! ¡Qué raro...!

SERGIO: ¿Sabes por qué las maté, José Pepe?

JOSÉ: ¿Por qué?

SERGIO: Porque este lugar ya no nos pertenecía. El palomar ya no era nuestro. Tú habías dejado entrar... otras personas.

JOSÉ: ¿Lo sabías entonces? Fue lo que Constanza me dijo el otro día.

SERGIO: ¿Qué?

JOSÉ: Me dijo que tú habías muerto las palomas porque yo estaba aquí adentro con... en fin, con alguien.

SERGIO: ¿Te dijo eso?

JOSÉ: Sí. ¿Es cierto? (*Sergio no responde*). Supongo que tendrá que ser así. Eras tan niño entonces...

SERGIO: Me sentí tan solo, José.

JOSÉ: ¿Solo?

SERGIO: Sí, solo. Cuando lo supe. Me sentí... dejado.

JOSÉ: Pero, Sergio, si tú sabes que yo siempre...

SERGIO (*Interrumpiendo*): No, no lo digas.

JOSÉ: ¿Qué cosa?

SERGIO: Lo que ibas a decir. No lo digas esta noche.

JOSÉ: ¿Qué te pasa? Te he notado raro todo el día, o más bien desde ayer, cuando volvieron en la tarde con Constanza... ¡Mira! Creo que fue eso lo que me hizo cambiar a mí también. Por eso me acordé, quiero decir. ¿Te pasa algo?

SERGIO: No, nada.

JOSÉ: ¿Te sientes mal? Prefieres que le vaya a decir a Constanza que venga mañana.

SERGIO: No, no. No me pasa nada. Por lo demás, no creo que Constanza venga ya.

JOSÉ: Tienes razón. Algo debe haberle sucedido. Voy a verla.

SERGIO (*En el momento en que José va a salir*): José...

JOSÉ: ¿Sí?

SERGIO: Dime, estás muy... quiero decir, ¿la quieres mucho?

JOSÉ: ¿A Constanza?

SERGIO: No, no me contestes mejor.

JOSÉ: Pero si no es ningún secreto. Sí, Sergio. La quiero mucho. Tal como te dije el otro día: esta vez es en serio.

SERGIO: Sí, ya me lo habías dicho.

JOSÉ: Tú todavía no la conoces, Sergio... Quiero decir, que no has alcanzado a conocerla. Es extraordinaria, Sergio... A ratos no la comprendo y a ratos me parece que hemos vivido juntos desde siempre. Parece que tuviera un poder para adivinar cuando uno sufre. A lo mejor es porque ella misma cuando chica... en fin, si supieras cómo me ayudó cuando tú... en fin, me ayudó tanto... tiene algo maravilloso, Sergio, algo que no sé explicar, algo que se me escapa...

(*Durante la última réplica ha aparecido Constanza*).

SERGIO: Constanza...

JOSÉ: Justamente estábamos hablando de ti.

CONSTANZA: No me digan lo que conversaban. Estoy segura que no era nada bueno.

SERGIO: Te equivocas.

CONSTANZA: ¿Mi marido estaba alabándome?

JOSÉ: Tu marido y tu cuñado. Los dos. ¿No es cierto, Sergio?

CONSTANZA: Perdónenme que me haya atrasado tanto; pero en la cocina había un pequeño drama... familiar también. Joaquín no ha aparecido a comer y Melania se negaba a guardarle...

SERGIO: Yo lo mandé.

JOSÉ: ¿Adónde?

SERGIO: Lo mandé al pueblo, a buscar unas cosas que necesitaba.

CONSTANZA: ¿A esta hora?

SERGIO: No, hace rato.

CONSTANZA: ¡Qué raro! Me pareció verlo después que nosotros habíamos comido.

JOSÉ: Te has confundido, eso es todo. ¿Y se solucionó el drama?

CONSTANZA: Sí. A la postre, pesó más la opinión de Antonia, más que la mía incluso, y Melania le guardó un plato.

JOSÉ: ¡Perfecto! Ya ves cómo todo se arregla. Y ahora los dejo.

CONSTANZA: ¿Por qué?

JOSÉ: Voy a irme a acostar. Parece que Sergio quería mostrarte sus cuadros.

CONSTANZA: ¿Y por qué no te quedas tú también?

JOSÉ (*Riendo*): Porque a ustedes los artistas no les gusta la presencia de los... ¿cómo es que los llaman? profanos. ¿No es eso? No, no, no... no se molesten por mí. Les comprendo todas sus manías. Además mañana tengo que levantarme temprano. Tengo que ir a ver unos potrereros al otro lado del fundo. (*Al ir a salir, se detiene, se da vuelta hacia Sergio*). Gracias...

SERGIO: ¿Gracias?

JOSÉ: Por todo. Me sacaste un peso de encima. Hay noches en que uno está así... no sé...

CONSTANZA: ¿Te sientes mal?

JOSÉ: No. Estoy más cansado que de costumbre. Y de repente uno necesita... no sé. En fin, tú me comprendes... Buenas noches...

CONSTANZA: Veamos esos cuadros...

SERGIO: ¿No preferirías dejarlo para mañana?

CONSTANZA: No.

SERGIO: La luz no es muy buena.

CONSTANZA: No importa.

SERGIO: Y estoy un poco cansado.

CONSTANZA: ¿También? Parece que todos están cansados esta noche. ¿Cuáles son?

SERGIO (*Mostrándolos*): Esos.

CONSTANZA: Salvo yo.

SERGIO: ¿Tú qué?

CONSTANZA: Yo no estoy cansada. A ver, ayúdame.

SERGIO: ¡Cuidado! Deben estar llenos de polvo.

CONSTANZA (*Descubriendo la jaula al tomar uno de los cuadros*): ¿Qué es esto?

SERGIO: ¿Qué cosa?

CONSTANZA: Esta jaula que hay aquí.

SERGIO (*Súbitamente*): Déjala. No la toques.

CONSTANZA: Estás muy nervioso.

SERGIO: Dámela.

CONSTANZA (*Llevándola hacia la luz*): Y tiene una paloma...

SERGIO: Dámela, por favor.

CONSTANZA: ¿Por qué? ¿No puedo verla acaso?

SERGIO: Es mía.

CONSTANZA: ¿Y para qué quieres una paloma?

SERGIO: Dámela (*Le arrebató la jaula de las manos*). Dámela.

CONSTANZA: Creí que no te gustaban las palomas.

SERGIO: ¿A mí?

CONSTANZA: Como las hacías matar...

SERGIO (*Mostrando un cuadro*): Este es uno de los primeros.

CONSTANZA (*Siempre con la jaula entre las manos*): Es toda blanca. Como la que Joaquín...

SERGIO (*Interrumpiendo*): De los primeros que pinté quiero decir. (*Ella lo mira. Deja la jaula sobre una mesa*).

CONSTANZA: Hm.

SERGIO: Cuando apenas sabía cómo se tomaba un pincel.

CONSTANZA: Hm. Hm.

SERGIO: Y estos son posteriores.

CONSTANZA: Después tomaste clases.

SERGIO: ¡No! ¿Cómo quieres? Aquí en el fondo...

CONSTANZA: ¿Por qué no te fuiste a Santiago?

SERGIO: ¿Solo?

CONSTANZA: José estaba allá.

SERGIO: No. Ya había vuelto. Había terminado sus estudios. Vivíamos aquí los dos.

CONSTANZA: Solos (*Él no responde*). A ver... a ver ése...

SERGIO (*Mostrando un cuadro*): Es un apunte. En ese bosque donde fuimos a caminar... (*Súbitamente enmudece*).

CONSTANZA: ¿Ayer?

SERGIO: Sí. Este es el camino que nosotros tomamos.

CONSTANZA: ¿Es de los primeros, no?

SERGIO: ¿Cómo?

CONSTANZA: Te pregunto si es de los primeros que pintaste.

SERGIO: Sí... quiero decir no.

CONSTANZA: ¿Qué te pasa?

SERGIO: ¿A mí? Nada. ¿Por qué?

CONSTANZA: No sé. Me pareció que algo te sucedía.

SERGIO: ¿A mí?

CONSTANZA: Debe haber sido una falsa impresión (*Vuelve a mirar el cuadro*). Me gusta. Me gusta la composición.

SERGIO: Constanza...

CONSTANZA: ¿Qué?

SERGIO: No, nada.

CONSTANZA: Los árboles... y ese camino apenas diseñado. Como si fuera a esconderse al bosque.

SERGIO: Constanza...

CONSTANZA: ¿Qué te pasa, Sergio?

SERGIO: ¿Por qué me contacté esas cosas ayer?

CONSTANZA: ¿Qué cosas?

SERGIO: Todo lo que me dijiste. En fin...

CONSTANZA: Son cosas que te conté.

SERGIO: Pero ¿por qué?

CONSTANZA: Tal vez porque ayer yo estaba... ¿cómo es que dijo José hace un rato?... cansada.

SERGIO: Sí, pero por qué me lo contaste a mí.

CONSTANZA: ¿Y por qué no?

SERGIO: No comprendo.

CONSTANZA: No importa. Sígueme mostrando.

SERGIO: Pero, Constanza...

CONSTANZA: Sígueme mostrando (*El obedece*). No tan rápido. No alcanzo a ver... Espera. Ese también es interesante. Tiene algo. ¿Es el mismo bosque, verdad?

SERGIO: El mismo.

CONSTANZA: Es curioso como algunos temas inspiran más que otros. Hacen salir cosas quiero decir.

SERGIO: Cuando chicos íbamos muy a menudo a ese bosque.

CONSTANZA: ¿Íbamos?

SERGIO: José, quiero decir. Y yo.

CONSTANZA: ¿Y no has pintado este palomar?

SERGIO: No.

CONSTANZA: ¡Qué raro! Sin embargo el palomar parecía muy importante en toda esa vida.

SERGIO: ¿José te ha contado algo?

CONSTANZA: No.

SERGIO: ¿Entonces por qué lo dices?

CONSTANZA: Imagino.

SERGIO: Sí. Era muy importante.

(*Constanza lo mira un segundo, sorprendida tal vez por el desafío en su voz. Permanecen los dos mudos.*)

CONSTANZA (*Mirando uno de los cuadros*): Ese no me gusta. Es blando. Yo tenía un profesor... me pregunto qué le habrá pasado... que me enseñó a despreciar todo lo que era blando. A veces, cuando estaba modelando se acercaba por detrás y hundía su espátula en la greda que uno trabajaba. ¡Es blando!, gritaba. Blando, empieza de nuevo. Y creo que desde entonces odio todo lo que es blando...

SERGIO: Constanza, ¿por qué me contaste todo eso ayer?

CONSTANZA: ¡Por Dios! De repente tienes voz de fiscal.

SERGIO: ¿Por qué me lo contaste?

CONSTANZA: Tranquilízate.

SERGIO: ¿Por qué? ¿Por qué?

CONSTANZA: No sé por qué, Sergio. Supongo que sería porque tenía ganas de contárselo a alguien.

SERGIO: Pero ¿por qué a mí?

CONSTANZA: ¿A ti? No, a ti no, Sergio. A alguien que estuviera cerca. Hay días en que eso sucede. Ayer por ejemplo. Cuando íbamos caminando sentí la súbita necesidad... no sé. Pero ¿para qué volvemos a hablar de todo eso, Sergio? Es un tema que tanto tú como yo preferimos olvidar ¿no es cierto?

SERGIO: ¿Olvidar? ¿Tú crees que uno olvida algo?

CONSTANZA: Tal vez no. Pero se puede pensar en otras cosas. Qué sé yo... alejar recuerdos... (*Se ha detenido frente a la jaula. Mira la paloma*). Qué blanca es... ¿Nunca se te ha ocurrido dibujarlas? Las palomas quiero decir. Lograr este blanco debe ser muy difícil. Tiene... no sé, me parece... algo de azul, algo de negro. Eso me ha impresionado siempre. Uno dice el nombre de un color: blanco, por ejemplo, o verde o negro y ni siquiera piensa que en él se esconden tres, cuatro o más colores...

SERGIO (*Interrumpiendo*): Constanza, te voy a pedir que te vuelvas a la casa. Por favor, vuélvete. Por favor...

CONSTANZA: No seas niño, Sergio.

SERGIO: Por favor ándate y llévate esa jaula.

CONSTANZA: Vamos a volver los dos juntos.

SERGIO: No.

CONSTANZA: Tú estás muy nervioso esta noche. Lo mejor es que te vayas a acostarte.

SERGIO: No, no, no. Andate, Constanza, y déjame solo.

CONSTANZA: Sergio...

SERGIO: ¿Para qué me contaste todo eso ayer? Todo habría sido más simple... ¿para qué? ¿No te das cuenta que soy tu cuñado? ¿El hermano de tu marido?

CONSTANZA: Sí, Sergio.

SERGIO: ¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta?

CONSTANZA: Eres mucho más que eso. Mucho más. Eres mucho más que el hermano de mi marido.

SERGIO: ¿Qué quieres decir?

CONSTANZA: Nada...

SERGIO: ¿Será acaso que me elegiste a mí de adrede? ¿Para herirme?.

CONSTANZA: Ya te he dicho que no te elegí.

SERGIO: Para herir a José a través de mí.

CONSTANZA: Y eso no lo puedes aceptar, ¿verdad? No puedes aceptar nada que lo hiera.

SERGIO: No.

CONSTANZA: Ni que lo toque siquiera.

SERGIO: No. Nada.

CONSTANZA: Nada que no seas tú. Que no sea tuyo.

SERGIO: No, no, no.

CONSTANZA: De todos modos jamás llegará a saberlo.

SERGIO: ¿Cómo?

CONSTANZA: No vas a ser tú quien se lo diga.

SERGIO: ¿Estás segura?

CONSTANZA: Sí.

SERGIO: Tal vez tengas razón. Pero después...

CONSTANZA: ¿Después? ¿Después de qué?

SERGIO: De nada.

CONSTANZA: ¿Qué es lo que quisiste decir?

SERGIO: Nada. Nada.

CONSTANZA: ¿Después de qué, Sergio?

SERGIO: No sé, no sé... Andate, Constanza, por favor ándate.

CONSTANZA: Cálmate, Sergio. Nada sacamos con gritarnos.

SERGIO (*Cada vez con más exasperación*): Andate, Constanza. Andate antes que sea demasiado tarde. Andate y llévate esta jaula.

CONSTANZA: ¿Tarde?

SERGIO: ¡Tarde sí!

CONSTANZA: ¿Pero qué es lo que te pasa?

SERGIO (*Extendiéndole la jaula*): Toma... ¡Toma!

(Le arroja casi la jaula y ésta cae al suelo. La puerta se abre y la paloma vuela por la ventana. Casi al mismo instante se escuchan unos disparos).

CONSTANZA: ¿Qué es eso? (*Sergio de pronto se ha inmovilizado. No responde*). ¿Disparos?... ¿Quién disparó?

(Rápidamente baja. Sergio permanece solo, anonadado, en el lugar donde estaba. Se escuchan gritos que vienen de la casa, voces).

VOZ DE JOSÉ (*A lo lejos*): Constanza... Constanza...

VOZ DE CONSTANZA: Sí... aquí estoy, en el palomar.

VOZ DE JOSÉ: ¿Qué es lo que pasa?

VOZ DE CONSTANZA: No sé... Disparos... Había una paloma...

VOZ DE JOSÉ: Espérame ahí... ya voy... ¿Dónde está Sergio?

(Sobreviene un silencio. Lentamente Constanza sube por la escalera de caracol. Se detiene en lo alto de ella. Mira a Sergio).

CONSTANZA: Dispararon contra la puerta y no contra la paloma... ¿Será posible, Sergio, que por lo que te conté ayer...? Pobre, pobre Sergio... ¿Para eso te sirve el palomar ahora? ¿Para inventar crímenes de pacotilla?

T E L O N

T E R C E R A C T O

El Salón de la casa. Antonia entra trayendo unas maletas. A los pocos segundos aparece Melania.

MELANIA: ¿Se va?

ANTONIA: Sí. Me dijo que trajera las maletas.

MELANIA: ¿Y el patrón sabe?

ANTONIA: No. Me parece que no.

MELANIA: Cómo había de saber, cuando salió tan temprano esta mañana y todavía no ha vuelto.

ANTONIA: Yo no sé lo que se va armar cuando vuelva.

MELANIA: ¿Sería por lo de los tiros de anoche?

ANTONIA: ¿Qué cosa?

MELANIA: Que se va.

ANTONIA: ¡Vaya a saber una!

MELANIA: Llegó como lienzo anoche. Traía la cara blanca y los ojos asustados.

ANTONIA: ¿Que dónde estabas tú?

MELANIA: En la cocina, pues. ¿No ve que le estaba guardando comida al Joaquín?

ANTONIA: Otro que desapareció...

MELANIA: Sí, pues. Desde anoche. Para mí que él es el que disparó.

ANTONIA: ¿Y quién si no?

MELANIA: ¿Usted cree?

ANTONIA: Claro... ¿Para qué iba a desaparecer entonces?

MELANIA: Y el patrón ya le había dicho...

ANTONIA: Todavía queda una maleta. Anda a buscarla.

MELANIA: ¿En la pieza está?

ANTONIA: Sí, pues. Anda a buscarla.

MELANIA: ¿Me dejará entrar?

ANTONIA: No está nada ahí. Anda en el jardín.

(Melania sale).

ANTONIA *(Asomándose a la puerta)*: ¡Eh... Ruperto! ¿Está listo el coche?

VOZ DE RUPERTO: Listo.

ANTONIA: Hay que cargar las maletas entonces.

(Constanza entra por las puertas que conducen al jardín).

CONSTANZA: ¿No ha vuelto don José?

ANTONIA: No, señorita. Pero todo está listo. El Ruperto ya está cargando.

CONSTANZA: ¿No tienes idea hacia dónde habrá ido?

ANTONIA: ¿El patrón?

CONSTANZA: Sí.

ANTONIA: Creo que esta mañana le oí decir que iba a ir para el potrero de La Estrella.

CONSTANZA: ¿Queda lejos?

ANTONIA: Lejazo. Por eso que no ha vuelto, digo yo.

(Melania entra con la maleta).

MELANIA: Aquí está.

ANTONIA: Llévalas con las otras para afuera. El Ruperto está cargando.

CONSTANZA: ¿Y don Sergio?

ANTONIA: Para el jardín lo vimos salir. A ver, Melania, toma ésta que es más pesada.

(Entre las dos sirvientas cargan las maletas y salen. Constanza se pasea nerviosamente durante algunos segundos. Enciende un cigarrillo y decide salir por las puertas que conducen al jardín. Pero al ir a hacerlo, se detiene. Vuelve a la pieza y pretexta arreglar un ramo de flores. Entra Sergio. Cuando la ve, pretende ignorarla y atraviesa la estancia en dirección a la puerta que comunica con las habitaciones).

CONSTANZA: Sergio . . .

SERGIO: ¿Qué hay?

CONSTANZA: José no ha llegado todavía.

SERGIO: ¿Y?

CONSTANZA: Te vas a ir así, sin siquiera haberlo dicho . . .

SERGIO: Él sabe dónde encontrarme.

CONSTANZA: De todos modos . . .

SERGIO: ¿Qué te pasa, Constanza? Tienes miedo de repente.

CONSTANZA: ¿Miedo?

SERGIO: Sí, miedo que sepa la razón por la cual me voy.

CONSTANZA: No seas tonto, Sergio.

SERGIO: Pierde cuidado. No se la diré. Ya nunca tendré que decirle nada a nadie. Nunca más. Allá donde voy uno se puede enterrar con sus secretos.

CONSTANZA: Escúchame, Sergio . . . Pero escúchame con calma.

SERGIO: ¿Qué quieres?

CONSTANZA: ¿No sería mejor acaso que te detuvieras un instante?

SERGIO: ¿Y?

CONSTANZA: Que miraras las cosas de frente. Que te dieras cuenta.

SERGIO: ¿De qué?

CONSTANZA: De que estamos obligados a vivir juntos.

SERGIO: ¿Obligados?

CONSTANZA: Sí. Por muchas razones.

SERGIO: ¿Qué quieres decir?

CONSTANZA: Durante una semana, tú y yo, los dos lo reconozco, hemos hecho grandes esfuerzos. Hemos conversado, hemos salido a caminar juntos, hemos tratado de ajustarnos el uno al otro. ¿Para qué vamos a destruir todo lo que hemos ganado? En cuanto a la absurda escena de anoche... bueno, yo estoy pronta a olvidarla.

SERGIO: Pero yo no. Ya te lo dije: nunca he sabido olvidar.

CONSTANZA: Qué irreal eres, Sergio. Qué niño.

SERGIO: Por favor, Constanza.

CONSTANZA: No, Sergio. Tienes que hacer el esfuerzo. Ya no tienes edad para sentirte solo y desgraciado.

SERGIO: ¿Edad?

CONSTANZA: Ya no puedes sentarte a escribir mensajes que digan: esta noche me siento muy solo y amarrarlos a las patas de las palomas.

SERGIO: No es cuestión de edad, Constanza, sino de raza.

CONSTANZA: No te comprendo.

SERGIO: Yo no pertenezco a esa raza. No puedo ni sé abrir los ojos y mirar.

CONSTANZA: Pero algún día tendrás que hacerlo.

SERGIO: ¿Por qué? Allá donde voy lo único que te piden es que no abras los ojos. Te dicen el día entero que descanses, que te ocupes de cosas que te distraigan, que no pienses.

CONSTANZA: Eso es por un tiempo, Sergio.

SERGIO: Es para siempre.

CONSTANZA: ¿Qué?

SERGIO: Me vuelvo a la clínica para siempre.

CONSTANZA: Son cosas que uno dice...

SERGIO: Hay sólo dos lugares en el mundo donde yo podía vivir, Constanza. Aquí... y en la clínica.

CONSTANZA: Escondiéndose.

SERGIO: Sí, Constanza, escondiéndose. O más bien no... escondiéndose no. Sintiéndose protegido que es muy distinto. A pesar de todo, en esa pieza blanca que detesto, blanca, helada, perfecta, no sé por qué me siento protegido. Me doy cuenta ahora: Me voy a la clínica porque quiero sentirme protegido.

CONSTANZA: Todo ha sido demasiado fácil, eso es lo que pasa. Todo te fue dado porque sí.

SERGIO: Yo no tengo la culpa.

CONSTANZA: No, claro que no.

SERGIO: Tengo que sentirme protegido. No puedo vivir en otra forma. A cada cual se le ordena la vida de distinta manera. A mí se me ordenó así.

CONSTANZA: Pero eso no quiere decir que no pueda cambiar. Ahora, por ejemplo, ahora se te pide que hagas un esfuerzo, que mires, que trates

de reaccionar y lo único que se te ocurre hacer es correr a esconderte ¡en una clínica o jugando a los bandidos en un palomar!

SERGIO: Sí, Constanza, ¡Jugando a los bandidos en un palomar!

CONSTANZA: ¡Ah, si hubieras tenido que enfrentarte con las cosas que yo tuve que enfrentarme! Si hubieras tenido que abrirte camino como yo...

SERGIO: Habría sido distinto, Constanza. O me habría muerto. No sé, pero lo cierto es que esas cosas no me sucedieron.

CONSTANZA: Tenía que seguir viviendo.

SERGIO: Y sacrificar a José.

CONSTANZA: Pero ¿por qué sacrificarlo? ¿Por qué dices eso? El me quiere.

SERGIO: Sí, Él te quiere, y mucho más de lo que tú imaginas. Eso es lo horrible. Él está tan enamorado de ti y tú sólo te casaste con él porque... (*Se detiene al borde las palabras*).

CONSTANZA (*Con voz firme*): Porque estaba esperando un niño, Sergio, un niño de alguien que no se quería casar conmigo.

SERGIO: ¿Cómo pudiste?

CONSTANZA: No sé. Pero esa es la verdad.

SERGIO: ¿Cómo pudiste engañarlo?

CONSTANZA: Nada saco con mentirme a mí misma ahora.

SERGIO: Si él lo supiera... Si supiera cómo perdiste ese niño cuando ya estabas casada, cuando no había qué hacer. Si supiera que nunca lo quisiste de verdad...

CONSTANZA: Sí. Tal vez no me perdonaría.

SERGIO: Más que eso. Lo destruirías.

CONSTANZA: Quizás sea como tú dices. Lo destruiría. (*Con un cierto cansancio en la voz*). Ustedes son tan blandos, Sergio. Los dos. Parece que el uno sin el otro no alcanzarán a sumar un hombre.

SERGIO: La mayor parte de la gente es así, Constanza. Incompleta en cierta forma. Incapaz. Desvalida.

CONSTANZA: No todos, Sergio. Aun José se salva a ratos porque le gusta el amor. Es curioso, la pasión lo enciende de repente y se transforma en hombre. Pero son sólo momentos.

SERGIO: Que tremendamente duras pueden ser las mujeres cuando no quieren a un hombre y hablan de él.

CONSTANZA: ¿Dura? No, Sergio, estoy tratando de comprender. Yo siempre he creído que comprendiendo se puede salir adelante.

SERGIO: A costa de los demás, Constanza. Siempre termina hiriéndose a alguien.

CONSTANZA: No creo que lo hiera. Ahora no por lo menos.

SERGIO: ¿Lo quieres acaso?... Contéstame: ¿Lo quieres?

CONSTANZA: No... Por lo menos no en la forma que tú lo entiendes.

SERGIO: ¿Entonces por qué te quedas con él?

CONSTANZA: Porque es algo que está hecho, Sergio. Una decisión que tomé. Mi vida debe seguir adelante en esta forma. ¿No me comprendes? ¿Por

qué no haces un esfuerzo y tratas de mirar las cosas bajo otro ángulo, el mío? ¿Por qué no tratas de comprender?

SERGIO: Ya es demasiado tarde, Constanza.

CONSTANZA: ¿Por qué?

SERGIO: Comprender no cambiaría nada.

CONSTANZA: ¿Por qué? ¿Porque nunca podrás perdonarme el que me haya casado con José?

SERGIO: A lo mejor.

CONSTANZA (*Con cierto desprecio*): Pobre Sergio...

SERGIO: Eso es lo que debieras haber dicho desde el comienzo, Constanza. Pero en otro tono.

VOZ DE ANTONIA: ¡Señora! ¡Señora!... Allá parece que viene el caballero.

(*Sergio inicia el mutis*).

CONSTANZA: ¿Adónde vas?

SERGIO: A mi pieza.

CONSTANZA: ¿No quieres ver a José?

SERGIO: Tengo que arreglar algunas cosas todavía.

CONSTANZA: No, Sergio. Te quedarás aquí esperándolo. Tú mismo le dirás la decisión que has tomado.

(*Constanza sale. Y aparece Antonia*).

ANTONIA: Señora, ya llegó... ¿No estaba aquí la señora?

SERGIO: Se acaba de ir a su pieza.

ANTONIA: El caballero viene llegando. Le voy a ir a avisar.

(*Antonia sale. Al permanecer solo y mientras se escuchan las voces de José y Ruperto afuera, Sergio piensa retirarse. Pero por último permanece en el cuarto. Entra José*).

JOSÉ (*Llamando desde afuera*): ¡Sergio! ¡Sergio!... (*Aparece*): Sergio ¿qué es lo que me dice Ruperto? ¿Que vas a irte?

SERGIO: Sí.

JOSÉ: Pero ¿por qué? ¿Dónde? ¿Dónde te vas?

SERGIO: Me vuelvo a la clínica.

JOSÉ: ¿Por qué? ¿No te has sentido bien? Era lo que pensaba. Estos últimos días has andado con muy mala cara.

SERGIO: No, no me siento muy bien.

JOSÉ: ¿Qué es lo que sientes?

SERGIO: Lo mismo.

JOSÉ: ¿Y será prudente viajar a esta hora? ¿No sería preferible llamar al doctor y preguntarle?

SERGIO: No, José. Déjame... Yo sé lo que hago.

JOSÉ: Tal vez debieras tomarte una de esas pastillas.

SERGIO: Ya lo tomé.

JOSÉ: ¿Y no te hizo efecto?

SERGIO: Sí, sí me hizo. Pero... ¿cómo explicarte? No es que me sienta verdaderamente mal; pero creo que es preferible que me vaya.

JOSÉ: ¿Fue lo que te recomendó el doctor?

SERGIO: Sí, eso es. Fue lo que me recomendó el doctor. Que apenas sintiera la menor molestia...

JOSÉ: Tal vez fui yo quien desencadenó todo esto.

SERGIO: ¿Tú?

JOSÉ: Sí, anoche. No sé qué me pasaba... Tal vez no debí ir a verte al palomar.

SERGIO: No te preocupes, José Pepe. Tú nada tienes que ver en el asunto.

JOSÉ: Es que uno se siente tan... tan inútil contigo. No sé qué hacer...

SERGIO: Nada José Pepe, nada. ¿Qué vas a hacer?

JOSÉ: Ayudarte... no sé... En fin, voy a ir a cambiarme de ropa y te llevo.

SERGIO: No. No quiero que me vayas a dejar.

JOSÉ: ¿Qué?

SERGIO: Ya hice cargar las maletas en el auto para que me lleve a la estación. Voy a tomar el tren.

JOSÉ: ¿Por qué?

SERGIO: Porque quiero irme en tren.

JOSÉ: No seas tonto, Sergio. Yo te iré a dejar en auto.

SERGIO (*Gritando de pronto*): ¡Quiero irme en tren! (*Se retiene*). Perdóname. Quiero irme solo. Estoy perfectamente bien y quiero irme solo. Mandé un telegrama a la clínica e irán a buscarme a la estación.

JOSÉ (*Desplomándose en un asiento*): ¿Qué es lo que te pasa, Sergio? ¿Qué es lo que te pasa? Explicame al menos...

SERGIO: No me pasa nada.

JOSÉ: Hace una semana, cuando llegaste, me dijiste que nunca querías volver a esa clínica... que no podías, que... Y ahora te vuelves.

SERGIO: Me equivoqué. Creí que al volver, iba a... acostumbrarme aquí, donde siempre he vivido. Pero parece que mi estada en la clínica fue demasiado larga, José.

JOSÉ: ¿Qué quieres decir?

SERGIO: Es allá donde tengo que vivir.

JOSÉ: ¿Vivir? Nadie vive en una clínica, Sergio.

SERGIO: Muchas más personas de las que te imaginas. Matías hace más de quince años que está allá.

JOSÉ: ¿Matías?

SERGIO: Ese amigo que te conté que tenía. También le telegrafí. Va a estar contento cuando sepa que vuelvo.

JOSÉ: Sergio, no puedes estar hablando en serio. ¿Qué son esas ideas ahora? ¿Qué es esto de irse a vivir a la clínica?

SERGIO: Es algo que he decidido.

JOSÉ: Tú no puedes decidir cosa alguna. El doctor dirá.

SERGIO: Tienes razón: el doctor dirá.

JOSÉ: Y por lo demás todo eso es un absurdo. Esta es tu casa. Aquí están tus cosas, la gente que te quiere, lo tuyo.

SERGIO: Ya parece que no, José.

JOSÉ: ¡Ah! Ya sé. Lo dices por Constanza. Apostaría que tuvieron una pelea y por eso te has precipitado...

SERGIO: No, José.

JOSÉ: ¿Es eso, no es cierto? ¿Es eso?

SERGIO: No, José, no. No hemos peleado.

JOSÉ: Tal vez pelear no; pero encuentras difícil organizar tu vida acá con una persona extraña. Al fin y al cabo nosotros siempre estuvimos acostumbrados a estar solos. Juntos quiero decir; pero solos. Es cuestión de tener un poco de paciencia, Sergio. Ya verás como todo se arregla. Constanza te quiere tanto como yo.

SERGIO: ¿Constanza?

JOSÉ: Sí, ella me lo ha dicho. Me lo ha dicho cien veces desde que tú llegaste. ¿No me crees? ¿Quieres que la llame para preguntarle delante de ti?

SERGIO: No, José.

JOSÉ: Pero es la verdad. ¿O será que... que crees que yo...? ¿Es eso, Sergio? Tal vez no me he preocupado lo suficiente de ti. ¿Te has sentido solo?

SERGIO: Solo... Sí, quizás me he sentido solo.

JOSÉ: ¡Lo sabía! Ahora mismo, mientras volvía de La Estrella me lo estaba diciendo. A lo mejor Sergio se siente solo. Tengo que acompañarlo más.

SERGIO: Me has acompañado mucho.

JOSÉ: He tenido tanto que hacer en el fundo. Y además...

SERGIO: ¿Además?

JOSÉ: Ahora soy un marido, Sergio, no tienes que olvidarlo y debo... en fin, tú me comprendes ¿no es cierto?

SERGIO: Sí. Te comprendo.

JOSÉ: Pero eso no quiere decir que he dejado de... quererte como siempre.

SERGIO: ¿Quererte?

JOSÉ: No sé qué otra palabra emplear.

SERGIO: ¿Qué quiere decir: quererte?

JOSÉ: Te he querido siempre, Sergio. A pesar de lo distintos que somos. Siempre me he sentido unido a ti por algo fuerte.

SERGIO: ¡Cuidado, José! Cuidado con las palabras que empleas.

JOSÉ: ¿Cuáles palabras, Sergio?

SERGIO: Querer, por ejemplo. ¿Tú crees que uno puede querer verdaderamente a más de una persona?

JOSÉ: Ah, Sergio... ¿Para qué complicar todo? Ya sabes que yo soy incapaz de seguirte en esos... en esos... en esa manera que tienes de analizar

las cosas, de deshacerlas, de hurguetearlas. Yo no soy así, Sergio. Sé que te quiero porque eres mi hermano y eso es todo.

SERGIO: Desgraciadamente.

JOSÉ: ¿Cómo?

SERGIO: Desgraciadamente eso es todo. Todo para ti, José.

JOSÉ: Escúchame, Sergio... Tratemos de ver esto con tranquilidad. Ante todo no te vayas esta noche. Mañana, si todavía lo juzgas necesario, yo mismo iré a dejarte a la clínica, hablaremos con el doctor y veremos lo que se puede hacer. Quizás un viaje... qué sé yo... en fin, él dirá. ¿Qué te parece?

SERGIO: Voy a irme en el tren de esta noche, José.

JOSÉ: ¿Lo tienes absolutamente decidido?

SERGIO: Sí.

JOSÉ: ¿Y no quieres que te acompañe?

SERGIO: No, José. Perdóname.

JOSÉ: ¿Ni siquiera quieres que te vaya a dejar a la estación?

SERGIO: No, José. Voy a tener que ir a mi pieza ahora. Tengo que arreglar algunas cosas todavía.

(Sergio sale. José permanece anonadado. Constanza entra después de algunos segundos y, sin decir una sola palabra, viene a sentarse junto a su marido).

JOSÉ *(Después de un tiempo)*: Se va, Constanza. Vuelve a la clínica.

CONSTANZA: Sí.

JOSÉ: ¿Tú lo sabías?

CONSTANZA: Sí. Lo supe esta tarde.

JOSÉ: ¿Por qué, Constanza? ¿Por qué?

CONSTANZA: No sé.

JOSÉ: ¿Tuvieron algún disgusto? Alguna pelea...

CONSTANZA: No.

JOSÉ: Tú sabes como es... yo había tratado de explicártelo.

CONSTANZA: Apenas, José.

JOSÉ: Es que ni yo mismo lo entiendo. Lo quiero, lo quiero, Constanza, y no lo entiendo.

CONSTANZA: Lo sé.

JOSÉ: A lo mejor has dicho algo... algo de lo cual ni siquiera te acuerdas.

CONSTANZA: No, José. No he dicho nada. Nada pasó.

JOSÉ: Si al menos hubiese alguna razón...

(Entra Sergio. Trae una maleta de viaje pequeña en la mano).

SERGIO: Creo que todo está listo.

JOSÉ: Sergio, no hay nada...

SERGIO *(Interrumpiendo)*: Voy a pedirte un favor, José. Cuando vuelva Joaquín, no le hagas nada por lo de los disparos quiero decir. No sabe y... y en un tiempo me ayudó mucho.

JOSÉ: ¿No quieres verdaderamente que te acompañe? ¿Aunque más no sea hasta la estación?

SERGIO: No, José (*Extendiendo la mano hacia Constanza*). Adiós, Constanza.

(*Constanza le estrecha la mano sin hablar*).

JOSÉ: ¿Podremos ir a verte, no es cierto? El próximo domingo quiero decir... ¿Podremos ir a verte... allá?

SERGIO: Tendrán que preguntarle al doctor. Yo le diré que les escriba. Bueno... Hasta luego, José Pepe...

(*José lo abraza largamente. Sergio trata de liberarse del abrazo y lo logra. Sale*).

JOSÉ: Te llamaré esta noche. Quiero decir que iré donde los vecinos y telefonaré al doctor... (*Sigue a Sergio hacia afuera. Se escucha su voz*). El me podrá decir ¿no es cierto? Y ojalá que podamos ir a verte el domingo... Iremos de todos modos. La otra vez fue distinto. Ahora estás bien... quiero decir que... en fin tú me comprendes.

(*Se escucha el ruido de un motor que parte. Las voces que se despiden, el motor, el ruido del automóvil que se aleja. Durante algunos segundos reina un gran silencio. Y luego aparece José en la puerta. Constanza que durante toda la escena ha permanecido en la pieza, lo mira*).

JOSÉ: No sé... tenía una mirada tan rara ¿te fijaste? No era como la otra vez... No sabría decir; pero algo tenía en los ojos.

CONSTANZA: ¿Quieres tomar algo?

JOSÉ: No, no gracias. Me miró... cuando se subió al auto quiero decir y... fue una vez que peleamos, la otra noche lo recordamos, entonces también me miró así, como... ¿cómo explicarte? como si esperara que yo lo golpeará... ¿No te fijaste en la mirada que tenía?

CONSTANZA: No, José.

JOSÉ: ¿Qué hora es?

CONSTANZA: Las siete más o menos.

JOSÉ: El tren no llegará a Santiago hasta las nueve y media. De ahí a la clínica... Como a las diez puedo llamarlo. Iré después de comida a llamarlo.

CONSTANZA: Diré que tengan la comida a la hora.

JOSÉ: Y antes... no sé... antes, creo que iré a dar un paseo por el parque. Sí, eso es... un paseo. Hasta el palomar y vuelvo.

CONSTANZA: ¿Quieres que te acompañe?

JOSÉ: No, no, gracias. Esta noche no. Esta noche me siento muy solo.

(*Se dirige hacia la puerta*).

T E L O N